

plantearon alguna vez con o sin demasiada esperanza de que pudiesen ser escuchadas.

En estos últimos años se oye hablar cada vez con más frenesí de recuperar el sector primario como alternativa a la crisis global del sistema capitalista y el empobrecimiento de las clases medias, de la vuelta al campo, de las huertas urbanas, del desarrollo rural, de los bancos de tierra, del neorruralismo, del hobby-farming, del *neohipismo*, etc. Hechos todos que son por sí mismos altamente valiosos y positivos a condición de que no se nos olvide de cuando en los años sesenta del pasado siglo se abandonó brusca y desorganizadamente el campo y los graves problemas que aquella debacle supuso en la desarticulación funcional que dio al traste con cinco siglos de gestión racional de las medianías y cumbres de nuestra islas. Volvamos pues al campo, sin ningún tipo de prejuicios, pero hagamos las cosas con cabeza, con organización y planificación, tal como lo señala Jorge Naranjo en su magnífico capítulo 25 con el que se cierra el libro.

Por todas esas razones terminé diciendo que esta publicación es esperanzadora y oportuna en época de grandes desconciertos, de pesimismo y desaliento, porque entre otras cosas orienta la mirada hacia unos recursos multifuncionales y unos espacios que, a poco que nos esforcemos todos y demos algunos pasos en la dirección correcta, nos colmarán sin duda de dichas y de bienes. Por ello viene a cuento recordar, como Jean Giono relata en *El hombre que plantaba árboles*, la historia de un pastor que, semilla a semilla, convirtió un paisaje desolado en un exuberante bosque. En esa narración se apuesta por la esperanza en el futuro, se valora la importancia que tienen las pequeñas acciones y se invita a reflexionar sobre los prodigios que brotan de la inmensa generosidad que se alberga en el corazón de las personas.

En un momento como el actual, repito, cuando ya se daba todo por perdido y se pensaba que el medio rural no encontraba quien lo defendiera, los contenidos de este trabajo colectivo es la mejor prueba de empatía hacia nuestro patrimonio forestal y la señal irrefutable de su empoderamiento. Hay, pues, motivos suficientes para felicitar a sus dos directores, a todos los autores y patrocinadores por el acierto de editar este ilusionante libro rigurosamente científico, oportuno y necesario.

Ramón Díaz Hernández

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Departamento de Geografía

ramon.diaz@ulpgc.es

SALVADOR GONZÁLEZ VÁZQUEZ, *Los Alzados de La Palma durante la Guerra Civil*, Le Canarien Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 2013 [2ª ed. 2014], 292 pp, ISBN: 978-84-940364-6-0

Durante una semana las instituciones y las autoridades de la isla de La Palma se mantuvieron leales a la legalidad republicana. Durante estos siete días los cargos electos de las elecciones de febrero de 1936 defendieron la vigencia

del régimen político republicano frente a la sublevación militar de 18 de julio. El triunfo de los militares supuso la destitución de los representantes políticos, la detención de los principales líderes obreros y republicanos y la suspensión de todos los derechos y libertades en el resto del Archipiélago, convertido a partir de entonces en retaguardia de guerra. Pero en La Palma no fue así. Entre el 18 y 25 de julio continuó ondeando la bandera tricolor, fue durante la denominada «Semana Roja».

Sin embargo, la llegada del cañonero Canalejas, procedente de Gran Canaria, marcó el fin de la resistencia republicana y facilitó la toma del poder por parte de los militares. Fue entonces cuando aquellos que lucharon y defendieron la República y los derechos de los trabajadores huyeron a los montes palmeros. A partir de entonces su leyenda se agrandó. Se les conoció como los alzados.

El objetivo principal de esta investigación es el estudio de aquellos palmeros que huyeron a los montes de la Isla con el fin de garantizar su supervivencia, tras la llegada de los militares y la consiguiente recuperación del poder institucional por parte, fundamentalmente, de la burguesía y los grandes propietarios. Alzados que tenían como objetivo una retirada temporal para continuar luchando por la defensa de la Segunda República y de sus ideales. A ellos se unieron también muchos jóvenes que quisieron evitar ser movilizados y enviados al frente de guerra peninsular. Distintas motivaciones pero con un denominador común derivado de los efectos directos e indirectos del golpe de Estado de julio de 1936 y de la consiguiente Guerra Civil.

En el caso de las Islas Canarias disponemos de algunos estudios que nos recuerdan que tras el golpe de Estado muchos de aquellos militantes obreros optaron por huir a los montes de las Islas buscando refugio ante la nueva situación. En el caso de la provincia de Santa Cruz de Tenerife, por ejemplo, cabe recordar el caso de los huidos de El Hierro –estudiados por Miguel Ángel Cabrera (1986) –y, en menor medida, el de líderes políticos y obreros que se refugiaron en los montes del norte de la Isla de Tenerife. Muchos de ellos tras ser detenidos (al entregarse o al ser delatados) y enviados a prisión, finalmente fueron desaparecidos.

Salvador González Vázquez ha sido capaz de construir un relato que permite conocer todo lo descrito en los párrafos anteriores con gran profusión de datos orales y documentales. Su trayectoria profesional ha venido marcada por numerosos y valiosos trabajos sobre la Guerra Civil, destacando en especial por su relación con este libro su Tesis Doctoral sobre la Guerra Civil en La Palma y su libro *La Semana Roja en La Palma (18-25 de julio de 1936)*. Su trayectoria avala ya de por sí este trabajo sobre los alzados palmeros, pero una vez más demuestra su gran capacidad de trabajo y de explicación con gran profusión de datos sobre lo sucedido en la Isla durante los años treinta.

La estructura del libro, del que recientemente se ha editado una segunda edición, se construye en torno a quince capítulos que tienen como ejes principales el período de la Segunda República; las causas que provocaron esa huida a los montes de la Isla y un recorrido por la geografía insular a partir de lo vivido por los alzados; los ejecutores de las persecuciones y su relación con las distintas fases

de la represión y, finalmente, la situación de los alzados una vez finalizada la guerra. Esto último, aunque no es el tema principal del libro, sí vuelve a resaltar la importancia de entender que la violencia y los efectos de la guerra fueron más allá del 1 de abril de 1939. El final de la confrontación no supuso que se dejara de utilizar la violencia, simplemente variaron las formas de castigo y las consecuencias de la misma. Muchos optaron por emigrar a América, principalmente a Venezuela, epicentro de la emigración canaria durante la segunda mitad del siglo XX. Eso no quiere decir que todos aquellos que reingresaron en la sociedad civil abandonaran su actividad política o su militancia, simplemente que ante la vigilancia de las autoridades, las palizas de falangistas, los registros en sus casas o el acoso a sus familias hubiera quienes optaran por salir del país. No son de extrañar pues, las palabras de Florisel Mendoza, comunista y alzado palmero, de que cuando trató de reorganizar el Partido en la Isla, comprobó cómo no había nadie de los de entonces (p. 228). Eran formas de resistencia, pero también de supervivencia en un contexto hostil y complicado como fue el del franquismo, especialmente para aquellos que habían pasado por prisión debido a su militancia política y sindical.

Además, hay que tener en cuenta que el libro incluye un anexo final con datos sobre los alzados y los proveedores de ayuda ejecutados durante la Guerra Civil en la Isla. Como es costumbre en el historiador palmero a los datos socioprofesionales, políticos y de situación en aquel momento así como el desenlace final de sus vidas, añade un apartado de observaciones y fuentes con el que enriquece las tablas. En relación con ello, hay que tener en cuenta que, según las cifras aportadas por Salvador González, un total de 30 alzados palmeros fueron asesinados (24 desaparecidos y 6 fusilados); 15 personas que pertenecieron a las redes de apoyo también fueron desaparecidas, a las que habría que unir otras 18 muertes por desapariciones y fusilamientos derivados de circunstancias de diverso tipo. Un dato a tener en cuenta, y que viene a resaltar nuevamente la vinculación de la represión con la actividad política de estos hombres entre 1931 y 1936, es que de los 30 alzados asesinados 23 tenían vinculación con organizaciones políticas y sindicales.

El autor de este libro tiene la capacidad de darle unidad a la obra, en tanto que cada uno de estos ejes temáticos y analíticos a los que me estoy refiriendo están interconectados, con lo que el lector puede conocer los orígenes, desarrollo y desenlace de lo vivido por los protagonistas con gran detalle. No existe una desconexión y descontextualización de lo narrado, al contrario, Salvador González ha elaborado un trabajo que tiene la virtud de permitir a cualquier lector, con conocimientos previos o no, de saber qué pasó y por qué pasaron los llamados alzados de La Palma. Ahí reside una de sus grandes aportaciones, el disponer de un texto que ayuda a entender quiénes fueron los alzados, por qué se alzaron, quiénes y por qué los persiguieron y trataron de detener, qué sucedió mientras ellos estaban escondidos y quiénes les ayudaron, entre otras preguntas. Es así como un relato histórico gana en intensidad pero sobre todo ofrece respuestas y genera ganas de saber más al respecto.

Otra de las potencialidades analíticas del libro es que no se limita a tratar el tema estudiado desde la perspectiva de los alzados o de sus acciones de resistencia

y de supervivencia. Nos permite conocer las redes de ayuda y colaboración que fueron esenciales para explicar cómo pudieron seguir con vida, ya fuera con el suministro de alimentos, fundamentalmente, pero también con acciones de ayuda directa al informarles de los movimientos de las fuerzas represoras. Sobre esta cuestión, precisamente, nos aporta la visión de quienes son los encargados de perseguir a los alzados, de vigilar a sus familiares y amigos para desarticular las redes de apoyo y, de esta manera, destruir cualquier nexo de unión social y política que pusiera fin a la huida de los líderes obreros y republicanos. Se puede leer que «las redes de asistencia se hicieron más densas, a fin de equipararse a la presión que ejercía el estado de guerra declarado por los sublevados» (p. 54).

Las «fuerzas perseguidoras» eran Falange, Acción Ciudadana y la Guardia Civil y con sus acciones contribuyeron a que en el libro podamos leer una frase tan contundente como la siguiente: «el terror envolvió La Palma» (p. 137). La violencia se tradujo en la desaparición de los alzados y en acciones represivas de todo tipo, algo que alcanzó las mayores cotas con la llegada del nuevo comandante militar de Canarias, Ángel Dolla Lahoz. No se debe olvidar que existían «núcleos decisivos» en espacios locales y comarcales, perfectos conocedores de la realidad de cada zona y todos vinculados a las organizaciones políticas de las derechas y con grandes riquezas.

Con todo esto, lo que hace Salvador González en este libro es integrar al represor y al represaliado en un todo, dentro de las *lógicas de la violencia* desatadas por los sublevados en julio de 1936. Lo que trato de reivindicar es que deberíamos ser capaces de entender que uno sin el otro no se explican en su totalidad, es decir, que muchas veces nos hemos centrado exclusivamente en las figuras de los represaliados –por motivaciones de diverso tipo– y hemos *obviado* o hecho generalizaciones sobre los represores, sin profundizar en quiénes eran o por qué actuaban de esa manera. En esta obra podemos leer que cuando las Derechas llegaron al poder tras el 18 de julio «hicieron lo posible para proteger la integridad de los elementos de izquierda» (p. 114), pues las fuerzas republicanas y obreras se habían comprometido a respetar las vidas de aquellos durante la «Semana Roja». Pero eso se rompió con la llega de Dolla y, aunque no quiera decir que no se ejecutaran acciones represivas antes de ese momento, sí nos ofrece matices que *a priori* no se podrían incorporar sin un trabajo de base tan consolidado como el de esta investigación.

Por último, una de las bases que sustentan al libro son las fuentes utilizadas por el autor, quien ha realizado un eficaz esfuerzo de extracción y procesado de información. Sus continuas referencias a las Causas Militares y a las comunicaciones de las autoridades que tenían como fin la búsqueda e identificación de los alzados son claves para conocer sus movimientos de búsqueda. También son un potente recurso para identificar con detalle las militancias políticas y actuaciones de los alzados con anterioridad al golpe de Estado. Además, el autor ha utilizado fuentes hemerográficas para completar su explicación y aportar nuevos datos, caso de *Diario de Avisos, Acción Social o Espartaco*. No podemos olvidar la atención prestada a las memorias inéditas de algunos testigos de la época o la consulta de entornos web, como el blog del investigador Pedro Medina Sanabria. Aparte de las fuentes

documentales, el autor aporta testimonios orales que, recogidos durante años de investigación enriquecen notablemente el texto y le aporta detalles, matices y explicaciones que difícilmente podríamos conocer de otra manera. Todo ello, de manera conjunta, contribuye a que el estudio de los alzados sea tan completo y la explicación gane en sujeción y elementos demostrativos de lo que se trata de decir.

En definitiva, el libro de los alzados de La Palma constituye una referencia bibliográfica de obligada consulta para analizar el período de la Guerra Civil en Canarias. Es una invitación a profundizar en los estudios sobre la violencia asociando a represores y represaliados, entendiendo las dinámicas de la violencia en Canarias como un todo que va en paralelo a la construcción de la dictadura franquista. Su obra es una incitación a dar nuevos pasos en la investigación, al tiempo que una prueba más de las valiosas aportaciones del historiador palmero. Pero sobre todo es un texto bien documentado y trabajado para explicar y arrojar luz sobre un fenómeno casi mítico, el de los alzados.

Aarón León Álvarez
Universidad de La Laguna
Aula Canaria de Investigación Histórica
aaronlealv@gmail.com